

Mesías - 2da Parte

Matías Ariel Bavastro



Image not found.

Capítulo 1

Mesías:

Si. El anterior. La fuerza me dijo que se le acabaron los poderes a él y me los dio a mí.

Manuel:

¿Entonces no sos el mismo de antes?

Mesías:

No señor, soy nuevo.

El hombre se levanta pensante y se acerca a su mujer.

Mujer:

¿Le crees?

Manuel:

No se. El Mesías que conocemos nos podría haber derribado uno por uno sin problemas. Se hubiera defendido en el peor de los casos. Pero este...

Por la entrada a la callejuela se asoman un par de guardias de seguridad, con las armas preparadas. Manuel ve a los hombres de traje y voltea a ver al Mesías. Teme una trampa, pero se encuentra algo diferente. Héroe y niña miran aterrados a los guardias del presidente. El miedo en esa mirada es sincero. Manuel se acerca a la multitud.

Manuel:

Distráiganlos. Tenemos que darles tiempo para escapar y esconderse.

Javier, un hombre en la multitud expresa las dudas del grupo.

Javier:

Pero Manuel, ¿Le vas a creer?

Manuel:

Confía en mí, Javier. ¿Alguna vez te fallé?

Javier se queda mirando a Manuel, pensativo. Por un segundo duda, pero sabe que el hombre frente a él jamás lo decepcionó.

Javier:

No. Vamos gente.

Javier y parte de la multitud se dirigen hacia los guardias. Manuel se acerca al Mesías y su amiga, mientras parte de la multitud que queda,

cierra el círculo ocultándolos de los guardias.

Manuel:

Salgan por el callejón de atrás y salgan de la ciudad por el puente. No vuelvan al río.

Javier, seguido de un par de hombres, se acerca a uno de los guardias de seguridad.

Javier:

¿Qué quieren acá? ¿El señor presidente necesita más muertos para romper record?

Guardia:

Cooperen y no va a haber problemas. Buscamos al Mesías. ¿Lo vieron por acá?

Javier:

Después de lo que nos hizo, si se atreviera a pasar por acá, se lo regresaríamos en partes muy chiquitas.

El guardia analiza a Javier buscando un indicio de falsedad.

Javier:

¿No nos creen? Compruébenlo ustedes mismos. No queremos problemas, ya tenemos demasiados con el juguete nuevo del presidente contaminando nuestro río.

Niña y héroe se ponen de pie y se alejan agachados. El héroe se da vuelta mientras escapa sigilosamente.

Mesías:

Gracias señor Manuel.

Manuel:

No me lo agradezcas, demostrame que no me equivoco en ayudarte.

El héroe y su amiga se pierden en la oscuridad de la noche y el callejón. Un guardia atraviesa la multitud al otro lado, inspecciona cada milímetro cuadrado buscando a sus presas. Cuando se convence de que el héroe y la niña junto a él no se encuentran allí, vuelve junto a sus compañeros y se retiran.

Javier:

Buenas noches, y vuelvan cuando el presidente quiera ayudarnos en vez de matarnos.

Ariadna y el Mesías se escabullen entre callejones, fábricas abandonadas, basurales y calles desiertas. Al llegar al otro extremo de la ciudad, ven el puente al otro lado de la avenida. Se preparan para cruzar y oyen que por la ancha calle se acerca un auto a toda velocidad. Se esconden en las sombras y ven que se trata de un auto negro de vidrios polarizados, que luego pasa frente a ellos y sube al puente.

Mesías:

No podemos salir de la ciudad. Tengo que encontrar al anciano. Vos quedate con el señor Manuel.

Ariadna:

¡NO! Yo voy con vos.

Mesías:

Es peligroso Ari.

Ariadna:

Y para vos también. Además, ¿Qué voy a hacer sola?

Mesías:

Está bien.

El amanecer ilumina la fábrica que despide las últimas nubes del humo recientemente extinto. Los bomberos se alejan tras el trabajo terminado. Un último guardia de seguridad conversa con el jefe de bomberos. Nada que se pueda rescatar de la fábrica. Las pericias no serán necesarias sugiere un pequeño sobre abultado en las manos del guardia ofrecido a las del oficial de bomberos. La gente idónea buscará una razón más conveniente. El bombero intenta rechazarlo. Una foto de su familia y un insinuado accidente lo hacen cambiar de opinión. Un fotógrafo lejano toma la incriminación necesaria, con el bombero en primer plano y una mano irreconocible haciendo el intercambio del sospechoso sobre. El fotógrafo informa a través del "manos libres" el objetivo cumplido al guardia que conversa con el bombero. Estratégicamente cumplida la misión del incidente en la fábrica, el guardia despacha al bombero que se retira resignado. Lejos, donde el río rodea el límite de la capital, un rengo anciano se despierta en la orilla. Se pone dificultosamente de pie, soportando el dolor que le generan la bala en su pierna izquierda, y el hombro derecho dislocado, emprende la búsqueda de su pupilo. Su última redención por sus errores como héroe. Cuesta acostumbrarse al avejentado cuerpo. Pensar que un día atrás era más fuerte, ágil y hábil que cualquier hombre, y hoy hasta un niño lo superaría en batalla. A paso lento y cojo se aleja de la orilla y se adentra en la ciudad.

El televisor del despacho presidencial atraviesa mediante "zapping" todos los canales de noticias. Amenazas y sobornos han sabido comprar la verdad y cambiarla por una más conveniente. Un atentado ambientalista

de unos insurgentes del desdichado pueblito es lo más conveniente para no arruinar ciertas imágenes políticas. No es conveniente tener al héroe del pueblo en contra. No sin desestimar su imagen antes. Pero su ausencia pesa. El pueblo comenzará a preguntarse porque el héroe ya no está en la guardia personal del mandatario. Mientras se conforma viendo como todos y cada uno de los medios vende su verdad impuesta, la bronca carcome por dentro al presidente que no puede creer la ineptitud de sus subordinados, que no hallan al condenado nuevo héroe.

Un abrigo abandonado y una manta vieja, hallados en una vieja estación de trenes, ayudan al nuevo Mesías y a Ariadna a camuflarse entre la multitud que cruza el puente por la zona peatonal hacia la capital, esa metrópolis de tráfico y empleos. Los guardias de seguridad apostados en la entrada de la ciudad detienen y revisan a las personas de manera aleatoria. Interrogatorios sobre el héroe y su paradero. Inspeccionan si se trata de algún disfraz. Ramiro y Ariadna están muy cerca de lograr cruzar esa frontera humana. El guardia cerca suyo libera a las personas que interrogaba, levanta la vista e inspecciona la multitud en busca de sus próximas víctimas. El Mesías esconde su cara bajo la capucha del abrigo y encorva su cuerpo intentando imitar la actitud de un anciano. Ariadna se oculta aun más bajo la manta que la cubre de pies a cabeza y aprieta fuerte la mano de su amigo mientras se acercan cada vez más al guardia. El hombre de negros lentes interroga a una mujer que hace ademanes negativos con su cabeza ante sus preguntas. La mujer es incentivada a "seguir su camino". El Mesías levanta la vista, inspeccionando la situación. Su mirada se cruza con la del guardia, que se detiene un momento en él. Cuando parece que no van a lograr cruzar el puente, el Mesías aprieta fuertemente la mano de su amiga y se detiene en seco, a punto de empezar a correr en dirección contraria. El Handy del guardia suena solicitando su presencia ante disturbios en el primer tramo del puente. Un grupo de gente del pueblo Esperanza se acerca furioso por detrás del Mesías y Ariadna. El cántico insulta al presidente, la fábrica y las mentiras de la caja boba y sus programas informativos. El tono de las voces revela bronca e indignación. El guardia y sus compañeros acuden al enfrentamiento, pasando junto al héroe y su amiga. Es su oportunidad, ambos se miran y lo comprenden. Se apresuran, entran en la ciudad y se pierden entre la multitud. Saben que deben encontrar al guía, pero también saben que sus disfraces no los cubrirán mucho más.

El anciano hombre llega hasta una plaza en los bordes de la ciudad. Apenas ha logrado cruzar la orilla, subir por el costado del puente principal y caminar unas cuadras. Su cuerpo está cansado. Su pierna y su hombro no ayudan y le dificultan el trayecto. Se angustia pensando en como encontrar a su discípulo y cuanto tardará. Se detiene ante el primer banco que encuentra y se deja caer. Todas las posibilidades que ayer tenía hoy parecen impensables. La inmensa ciudad se interpone en su destino, en su búsqueda. Sabe que el Mesías siempre renace cerca, pero no donde. Ni siquiera sabe si se halla en la misma ciudad. No es la gran

sabiduría buscada por todo filósofo la que le ofrece "el pacto". Se trata de la sabiduría de la experiencia de todas las vidas de todos los Mesías de la historia. Ahora, él es la voz de la experiencia. Solo espera que lo escuchen. Que su pupilo oiga sus consejos, algo que el no hizo con su guía. Pobre anciano. ¿Qué será de él? Vienen a su mente las memorias de vida de su antiguo guía. Un hombre común sin familia, que perdió a su mujer y su hijo recién nacido en un asalto. Pero él no cayó. Siguió su vida como un hombre verdadero. Cuando la guerra lo llamó, fue al frente de batalla sin miedo. Durante dicha guerra, "La Fe" se presentó ante él. El "Mesías" era un concepto tan nuevo para él, como para cualquier iniciado, pero también lo era para su país. El Mesías anterior, enlistado en la misma guerra, había caído en las garras de la culpa al contemplar la masacre que había cometido contra el pueblo enemigo. Y el nuevo Mesías pertenecía a este pueblo. "La Fe" había actuado con sarcasmo e ironía aquella vez. Guía y Héroe, nacidos en naciones enemistadas entre si durante años, debían cooperar juntos. Durante su tiempo juntos, el guía se entremezcló entre ambos gobiernos como un trajeado y sabio agente de paz. El héroe, anónimo, ofició de policía, bombero y asistió a la gente en todo tipo de accidentes y catástrofes. El mismo hombre, veterano y forzado, detuvo secuestros, robos, ayudó en salvatajes de terremotos y derrumbes y acudió en incendios incontenibles. Fue un héroe en las sombras, de acciones pequeñas. No quiso cambiar el mundo, solo ayudar con lo que le ofrecieron. El anciano logró que ambos países dejaran sus diferencias de lado, se devolvieran las islas tomadas en la guerra que le quitó sus poderes y se creara un mercado del que ambas naciones aun sacan provecho. El actual anciano, mientras rememora vidas que no son suyas, reflexiona ante estas: la mejor dupla del pacto en comparación con todas las demás. Entonces ¿Qué les sucedió? La culpa. Siempre la culpa. El peor infierno de todo hombre. La debilidad y castigo de todo Mesías. No fueron 100 vidas robadas por la contaminación de una fábrica. Fue una única alma. Un "almita" consumida por un error suyo. Padre, madre e hijo salen del cine y son acorralados por un asaltante al llegar junto a un callejón. El Mesías, que recorre la zona suburbana esperando detener alguno de los actos delictivos comunes del lugar oye el grito de terror de la madre y se dirige a la escena. Padre y madre ofrecen todo lo que tienen al maleante, a cambio de la integridad de sus vidas. El héroe llega, contempla la escena y actúa. Lo mismo hace el maleante. La bala rebota en el héroe y va a parar a la sien del niño de 7 años. El héroe queda shockeado. El maleante huye despavorido. Ambos padres rompen en llanto ante el cadáver de su primogénito. El resto de la historia es la misma cinta repetida cada vez que el héroe pasa la posta. Un nuevo héroe. Un nuevo guía, antiguo héroe en busca de redención. El bucle infinito de "La Fe". El siguiente héroe, él, no le llega a los talones a su antecesor. Un adolescente huérfano, 3 años después de la muerte de su anciana tía (consumida por la tristeza 6 meses después del infarto que le quitó la vida a su amado marido), sale del orfanato y se registra para el examen de ingreso a la academia de policía. Lleno de sueños y esperanzas alimentadas por las historietas de superhéroes, vuelve al orfanato para

pasar la noche antes de recibir el resultado de sus calificaciones, espera con ansias aprobar y dar algo de sí al mundo. Durante años vivió en el mismo barrio. Donde sus padres lo criaron hasta el accidente de tráfico que los mató. Donde luego lo criaron sus tíos. Y donde el orfanato lo crió desde el fallecimiento de su tía. Con 16 años es consciente de la situación de su suburbano barrio. Hay más maleantes en las calles que transeúntes. Las drogas y la prostitución tienen más jurisdicción que la policía, pero él pretende cambiar eso. El sueño se apodera de él, y en ese sueño, algo grande lo visita, una fuerza que le ofrece todo eso que solo vio en historietas. No tarda en dar la respuesta positiva. A la mañana un hombre despierta donde había un adolescente esperando la nota de un examen. Cuando toma consciencia de su estado, sale por la ventana e inicia la búsqueda de su guía. El anciano ya conoce esta historia, pero eso no deja de robarle una lágrima. Su vida perdida. Cambió un sueño por otro y no se arrepiente de eso. Se arrepiente de haber desperdiciado parte de su sueño dormido bajo el mando de un político egoísta y avaro. Ahora es su momento de redención. Debe guiar a su alumno y esperar que no falle. Su cuerpo ya se halla más descansado, su mente, llevada a través de todos esos recuerdos, no.

El Mesías, aun con el abrigo pero a cara descubierta, y Ariadna, con su ropaje viejo, cruzan la ciudad. El héroe intenta cumplir su objetivo impuesto de encontrar a su antecesor y futuro maestro. La gente de la ciudad, distraída en sus problemas, en el tráfico y en sus celulares no nota su presencia. Caminan varias cuadras, cruzan una plaza y al pasar junto a un banco de esta, el héroe siente una mano que toma el borde de su abrigo. Una voz anciana recita una frase inconclusa al aire.

Anciano:
Que la Fe te guíe...

El héroe, responde instintivamente mientras se gira hacia el arrugado hombre, sin saber siquiera el significado de las palabras que brotan de su mente directo a su boca.

Mesías:
...Y la Fe te salvará.

Ariadna contempla como ambos hombres se quedan perplejos mirándose, en sus miradas se refleja un ápice de esperanza. El héroe antes niño ve respuestas en el rostro del anciano. El viejo antes héroe ve salvación en el cuerpo del pupilo. Mientras Ariadna admira perpleja al anciano, las mentes de ambos integrantes del pacto se comunican telepáticamente transmitiéndose imágenes involuntarias. No es información que puedan recopilar posteriormente. Es una sucesión de imágenes y sensaciones instantánea que deja en ambos impregnado el conocimiento del carácter del otro. A partir del momento en que la conexión termine, cada uno conocerá perfectamente cada detalle de la personalidad del otro. Ya no

serán dos desconocidos unidos por una magia. No serán conocidos, pero sabrán como es el otro de pies a cabeza. Sus reacciones, sus interpretaciones, sus actitudes, sus pensamientos y sentimientos. Todo detalle de sus personalidades esta grabándose en el conocimiento nato del otro.

Reasignados. Todos los hombres del presidente reasignados. No puede despedirlos, son ineptos, pero saben demasiado. Necesita tenerlos controlados, pero ya no los quiere a cargo de su seguridad. No con el nuevo Mesías dando vueltas libremente por la ineptitud del ahora reasignado cuerpo de seguridad, incapaces de encontrar a un solo hombre. ¿Cómo es que son capaces de saber hasta el ultimo secreto de cualquiera que necesite ser sobornado o amenazado y no pueden encontrar a un supertipo particular e inconfundible en un pueblito insignificante? Y si este nuevo héroe se reúne con su guía, su futuro corre peligro, o peor aun, su reelección. Esta situación requiere medidas drásticas. Es momento de desempolvar esa vieja ley no presentada. La que le concede el poder de disponer de los servicios de las fuerzas armadas a su voluntad. Y aun así, aunque logre aprobar la ley, aun teme por su carrera política.

Héroe y guía despiertan del transe como de una hipnosis o un espejismo. El héroe no sabe que hacer, aun es un niño. Estuvo buscando al anciano por mandato de "La Fe" pero ahora que lo encontró, no sabe que sigue. El anciano, con gesto adolorido intenta levantarse mientras con su mano izquierda sujeta la herida de su pierna. El dolor es tan grande que vuelve a caer sentado. El Mesías toma su brazo izquierdo, lo pasa por detrás de su cuello y lo ayuda a ponerse de pie. Ariadna, al otro lado de la cintura del viejo hombre, intenta ayudar.

Anciano:
Gracias. Tenemos que escondernos.

Mesías:
Señor, ¿No debería llevarlo a un hospital?

Anciano:
No. Voy a estar bien. ¿Viven cerca?

Mesías baja la mirada, avergonzado.

Ariadna:
No tenemos casa señor guía.

Anciano:
Me llamo Alfredo.

El hombre se dirige al héroe, intentando animarlo.

Alfredo:

No te avergüences, no te hace menos héroe. ¿Conocen algún lugar donde escondernos?

El Mesías y Ariadna se miran, y ambos entienden en esa mirada que están pensando en el mismo lugar. El único lugar al que siempre vuelven. Aunque Mesías podría llevarlo sin esfuerzo, ambos amigos ayudan a Alfredo hasta que llegan a su callejón, ese que apenas los cubrió del invierno hace casi un año atrás. Ese en el que siempre esperan la limosna de los pocos transeúntes que los ven al pasar junto a ellos. Se dirigen hasta el fondo del amplio callejón y apoyan a Alfredo detrás del contenedor de basura. Ariadna se queda junto a él. El Mesías se queda parado mirando perplejo su nuevo cuerpo y a su guía, parece un sueño. De pronto su cara se ilumina, recuerda algo, se dirige hacia la puerta tapiada frente al contenedor y mete su brazo, tantea hasta encontrar lo que busca. Vuelve corriendo como el niño alegre que internamente es y le ofrece al guía una bolsa de residuos bien doblada alrededor de un relleno rectangular y grueso. Alfredo, atónito, intenta descifrar en la mirada iluminada de su pupilo el contenido del paquete mientras lo toma. Al abrir completamente la bolsa de manera delicada, queda perplejo. No esperaba esto. Esperaba cualquier cosa menos esto. Va pasando los papeles lentamente mientras los recorre con la mirada. Están ordenados cronológicamente. No son todos, faltan algunos. Los recortes de diarios de sus hazañas no están completos, pero a juzgar por el cuidado y la emoción del niño ahora héroe, son todos los que pudo conseguir y con mucho esfuerzo. Alfredo no logra contener una lágrima que escapa de su traicionero ojo derecho. Las hazañas llegan hasta hace un par de meses, cuando fue nombrado seguridad personal del presidente. Cuando sus hazañas de héroe terminaron y paso a estar en servicio. Las siguientes son noticias sobre apariciones del presidente donde apenas se ve al héroe detrás del mandatario. No puede evitar pensar en la suerte de su antiguo guía. Lo perdió pocos días después. Y aquí esta él ahora, frente a un niño pobre sin hogar convertido en un héroe adulto. Un héroe con un guía inexperto que apenas ofició de héroe. Sus memorias le dicen que es el que menos duró en el papel de héroe. Pero piensa en su pupilo y la oportunidad de redimirse que este le ofrece gracias al pacto. Oculta su decepción y su melancolía, acomoda los papeles y se los devuelve con una sonrisa.

Alfredo:

Si quieres, después te los firmo. Te daría un pin, pero...

El Mesías saca su pin de su bolsillo. Alfredo queda impactado, mira a Ariadna que también muestra su pin en la palma de su mano y recuerda la escena en que les dio esos pines. Era imposible reconocer al chico, cambiado por el pacto, pero si hubiera prestado más atención a la chica,

la hubiera reconocido. No puede ser casualidad. Todos los recuerdos vivos de su vida de héroe son de antes de salvar al presidente y después de salvar a Ramiro. Lo demás es como un sueño en el que era espectador de su propia vida. Vuelve a él el nombre gritado por una Ariadna desesperada tras las vallas. Su expresión de sorpresa lo vuelve casi irreconocible.

Alfredo:
¡RAMIRO!

El héroe mueve la cabeza en forma de afirmación. Alfredo, atónito, se voltea hacia Ariadna.

Alfredo:
Vos sos la amiga detrás de las vallas ¿No? ¿Cómo te llamas?

Ariadna contesta cordial y con una sonrisa tímida.

Ariadna:
Ariadna señor Alfredo.

El hombre, totalmente agotado mentalmente por la sorpresa, se deja caer sobre la pared.

Mesías:
Señor Alfredo, Unos hombres de lentes de sol nos seguían desde el río, ¿Quiénes son?

Alfredo deja su expresión de sorpresa y cansancio y se vuelve serio.

Alfredo:
Escuchen bien lo que les voy a decir. Esos son guardias de seguridad del presidente. Me buscaban a mí. El pueblo me avisó que la fábrica no era buena, pero no hice nada. Por mi culpa murieron muchas personas y por eso hice explotar esa fábrica. Ramiro, no le cuentes a nadie nada sobre tus poderes, el pacto, la fe o de mi. Ni siquiera les hables de Ariadna. El poder que nos dieron es para ayudar a la gente y te voy a enseñar a ayudarles, pero no confíes en nadie más que en mí y en Ariadna. Y mantenete alejado del presidente y cualquier otro político. Son larvas que se alimentan de cualquier poder para su propio propósito, y vos tenes mucho poder. Te van a mentir, te van a hacer trabajar para ellos y te van a domesticar. Y cuando te des cuenta va a ser tarde, porque van a tener mas poder sobre vos, que vos mismo. Prometeme que si te ofrecen algo, antes, vas a preguntarme a mí.

Mesías:
Se lo prometo señor Alfredo.

Alfredo:
Bien. Ahora necesito descansar un poco.

Mesías:
¿Su pierna señor?

Alfredo:
No te preocupes, el pacto no me deja morir. No soy invulnerable como vos, la medicina no me va a hacer nada y de a poco, muy de a poco, La Fe me va a ir curando.

Alfredo vuelve a apoyarse contra la pared y cierra los ojos. Al cabo de unos segundos se queda dormido y la cura que le ofrece La Fe no es para nada agradable. Su expresión de dolor y su transpiración indican que la fiebre lo invade como consecuencia de la mágica sanación. El Mesías y Ariadna lo miran preocupados. Saben que no es un buen lugar para un viejo enfermo y lastimado. Pero en la mente del héroe hay una preocupación mas, tampoco es lugar para una niña de la calle, él ya no siente frío, pero conoce el clima y sabe que todo indica que no va a ser una noche fácil, ni para Ariadna ni para Alfredo. Tienen que conseguir refugio antes de que oscurezca, cuando el frío, sin la compasión del débil sol, no perdona.

Mesías:
Ari, no podemos dormir acá. Tenemos que llevarlo a un lugar mejor.

Ariadna:
Vos cuidalo, yo voy a ver si consigo algo.

Mesías:
No. Vamos todos.

Ariadna:
No podemos Ra. El señor Alfredo esta enfermo y tiene que descansar y vos lo tenes que cuidar. Es tu guía.

El héroe sopesa la idea, pero sabe que su amiga tiene razón.

Mesías:
Está bien, pero vuelve rápido y tene cuidado con los señores de seguridad del presidente.

Ariadna:
Te prometo que antes de la noche vuelvo con buenas noticias.

Ariadna se pone de pie, le da un rápido abrazo a su amigo y sale trotando hacia la calle. El héroe se sienta junto al guía y vuelve a mirar sus recortes, pensando en que ahora será él quien salga en las noticias.

Seguramente la fama de héroe le conseguirá un hogar y comida. Él y Ariadna ya no tendrán que pasar frío y hambre. Y va a poder conseguirle ropa limpia y nueva. La quiere mucho y ella también. Hasta hoy siempre fueron lo único que tenían: el uno al otro. Lo único seguro, lo demás era momentáneo. Él ahora tiene poderes, el traje es parte de su cuerpo, es fuerte, no siente frío, pero ella sigue siendo la misma Ariadna, la que casi muere de hambre, la que siente frío, la que quedó atrapada bajo los escombros. No es justo. Quisiera compartir todo esto con ella. Entre tanto pensamiento y tantas vivencias en tan poco tiempo, Ramiro se queda dormido. Sueña con un hogar iluminado, comida abundante y sabrosa, una Ariadna abrigada de ropas nuevas, y sonriente. Gente que lo saluda, lo abraza y le da cariño. Sueña con eso que perdió, una familia, apenas recuerda a su madre, que estuvo con él en la calle hasta que una enfermedad horrible se la llevó. Sueña con el cuadro familiar, un padre, una madre y Ariadna. Es una imagen feliz, pero él no encaja en la foto, con ese cuerpo tan adulto, parece agregado con plasticola desde otra foto. Es más grande que el padre y la madre. Y la foto se borra, mientras hombres de lentes negros lo persiguen en la oscuridad.

Ariadna vuelve al callejón mientras el atardecer comienza, al acercarse a los 2 hombres, se encuentra con Ramiro balbuceando entre sueños y con expresión aterrada. Despierta a Alfredo y le señala al héroe. Ambos intentan despertarlo con dificultad, el héroe transpira más que Alfredo y su fiebre. Mientras su amiga y su guía intentan despertarlo, los hombres de lentes negros de su sueño destrozan el hogar, la comida y todo a su alrededor, cuando llegan a Ariadna no puede solo mirar aterrado. Es una fracción de segundo. Una fracción de segundo y todos los hombres de lentes negros están en el suelo muertos y Ariadna no tiene ni un solo rasguño, pero la cara de terror con que ella lo mira lo apuñala más que el crudo invierno o el hambre. Alfredo y Ariadna sacuden a Ramiro y nada, no hay reacción. Su cuerpo esta totalmente tensado y aprieta la mandíbula con fuerza. Alfredo corre a Ariadna anticipando las consecuencias de su próxima acción, se pone frente al héroe y lo golpea con todas sus fuerzas. Sabe que no lo va a herir, no al héroe. Cada golpe que da se acumula en sus manos como un intenso dolor. Cuando lleva más de 20 golpes a puño cerrado en las mejillas del héroe, mientras Ariadna mira la escena preocupada, Ramiro abre los ojos aun aterrado. Mira a Alfredo y a su amiga que lo mira con expresión relajada, y mientras relaja el cuerpo comienza a llorar desconsoladamente. Ariadna corre a abrazarlo. Alfredo apoya su mano en su hombro.

Alfredo:
¿Qué soñaste Ramiro?

El héroe entre sollozos intenta explicar su pesadilla.

Mesías:
E... era horrible... los hombres de lentes negros rompían todo... la casa... la

comida... todo... ellos le querían pegar a Ari... y yo... y yo...

Ramiro vuelve a romper en llanto sin poder hablar.

Alfredo:
¿Vos que?

Mesías:
Yo... yo... los mate... a todos... antes de que le hagan algo a ella... y ella me tenía miedo...

Ariadna lo consuela sin soltar el abrazo.

Ariadna:
Ya está Ra. Fue una pesadilla. Vos no harías eso. Y yo nunca te tendría miedo. Vos sos mi amigo.

Ramiro:
Tengo miedo... tengo mucho miedo... soy chiquito para ser héroe...

Alfredo:
Ramiro, yo soy tu guía y no voy a dejar que nada de eso pase. Te voy a enseñar a usar los poderes. No vas a lastimar a nadie. Yo nunca lastimé a nadie con mis poderes.

Ariadna:
Ra, tranquilo. Encontré un lugar. No es como el edificio del río, pero es algo.

Ariadna y Alfredo le tienden una mano a Ramiro y lo ponen de pie. Ambos amigos sujetan al anciano como lo trajeron al callejón y salen. Ramiro apenas contiene las lágrimas. Ariadna apenas oculta la preocupación por su amigo. Alfredo apenas oculta la indignación por la elección de La Fe, es solo un niño indefenso.

Ariadna, Alfredo y Ramiro llegan, guiados por la niña, hasta la entrada de un viejo estacionamiento de tres pisos abandonado. Ariadna mira a ambos hombres y les señala la estructura con un movimiento de ojos. Acto seguido, suelta a Alfredo y se acerca al portón cerrado con cadena y candado. Separa ambas hojas del portón de chapa y se mete por el pequeño espacio, haciendo su mayor esfuerzo al pasar su cabeza. Desde dentro les indica a sus amigos que entren. Ramiro acerca a Alfredo a la puerta, pero el hombre está débil y es demasiado grande para el pequeño espacio. Ramiro deposita al anciano sobre una de las puertas y rompe el candado. Sosteniendo la cadena, abre la puerta lo suficiente para que el anciano pase y luego entra detrás de él. Atraviesa la cadena por los mismos orificios en la chapa y conecta los eslabones finales abriendo y cerrando uno como si se tratara de un clip de oficina. En la penumbra ve

como Ariadna se dirige a un cuartito cerca de la pared y del portón. Al instante, varias luces se encienden, otras parpadean y algunas siguen apagadas. El lugar es amplio, limpio y esta totalmente vacío. La rampa que da al segundo piso esta tapada por los escombros del trozo de estructura que colapsó sobre esta. La escalera esta oscura pero parece libre.

Ariadna:
¿Y?

Ramiro:
Está buenísimo Ari.

Alfredo (mientras le acaricia la cabeza):
Sos muy inteligente y valiente.

Ariadna:
Y miren esto.

Ariadna los guía hasta el cuartito, les enseña un microondas y un televisor, viejos, y los enciende. Andan. Ramiro nota una estufa en la pared del cuartito.

Ramiro:
¿Y eso?

Ariadna (algo decepcionada):
No anda. Hay luz y agua, pero no hay gas. Perdón.

Alfredo la consuela.

Alfredo:
No pidas perdón. Conseguiste todo esto. Gracias Ariadna.

Ramiro:
Es verdad. Gracias Ari. Sos una genia.

Ariadna:
Gracias Ra.

A pesar de encontrarse en la quinta presidencial, el mandatario no logra descansar un solo segundo. El pueblo sigue preguntando por el héroe desaparecido. La prensa comprada ya no puede ocultarlo más. Las encuestas indican que pierde popularidad. Las elecciones se aproximan y su contrincante lo acecha como una serpiente ponzoñosa preguntando en cada entrevista televisada por el paradero del ausente súper poderoso salvador. Su ley fue aprobada, posee poder absoluto sobre todas las fuerzas armadas de la nación, pero no le sirven de nada si el Mesías no

ataca. La delincuencia no disminuyó, los accidentes siguen presentes y las catástrofes a la orden del día. Entonces ¿DÓNDE MIERDA ESTA EL HÉROE?

En el estacionamiento abandonado, Ariadna mira las mal sintonizadas noticias en el cuartito, mientras Alfredo sigue renegando con Mesías, que destroza una columna del 3er piso a puño limpio.

Alfredo:
¡No! ¡No! ¡No!

Mesías:
Perdón señor Alfredo.

Alfredo:
Otra vez Ramiro, con menos fuerza. Hasta que no golpees como una persona normal no vamos a parar.

Mesías vuelve a golpear la columna consecutivamente arrancando un escombros con cada golpe.

Alfredo:
Tenes que aprender a medir y contener tu fuerza antes que nada. Sino muchos van a salir lastimados.

Mesías sigue golpeando la columna, que se va haciendo añicos.

Alfredo:
Pensa que es un hombre de seguridad del presidente, de espaldas, sosteniendo a Ariadna entre sus brazos. Si le pegas muy fuerte, la puedes lastimar.

Mesías se detiene, visualiza la imagen en la columna y golpea con mínima fuerza.

Alfredo:
Bien Ramiro.

El héroe mira su mano, aun contra la columna, la zona delante de esta es el único pedazo liso no arrancado ni abollado.

Alfredo:
Sigamos.

El anciano guía al héroe hasta las escaleras y comienzan a descender.

Alfredo:
Ramiro, yo cometí un gran error, que por lo visto influyó en vos: Imagen

pública. No soy el primer Mesías y mucho menos. Solo fui el primero conocido y el único, espero. Los políticos abusaron de mi imagen y mi poder por ese error. El presidente sabe del pacto y de nuestra debilidad, me engañó y confié en él. Por eso, ahora más que nunca, tenemos que trabajar en las sombras, o los 3 corremos peligro. ¿Entendes?

Mesías:
Si señor Alfredo.

Alfredo:
¿Qué te dije de decirme señor?

Mesías:
Perdón señor Alfredo.

Alfredo levanta la mirada al aire, resignado.

Alfredo:
No importa, dejalo. Ahora que ya conoces la fuerza justa, no la olvides. Es la diferencia entre la culpa y la fe. Mañana vamos a patrullar para que aprendas como ayudar sin ser visto.

Ambos salen de la escalera en planta baja y se dirigen al cuartito. Ariadna aparta la vista del viejo televisor y les sonríe.

Ariadna:
¿Y? ¿Cómo les fue?

Mesías (Con una sonrisa infantil):
Bien. Ya puedo pegar sin matar.

El viejo televisor sintoniza, entre rayas blancas y negras, como la programación es interrumpida por la emisión de cadena nacional.

En el salón presidencial de la casa de gobierno, mientras el equipo de producción interrumpe las transmisiones de todo los canales y emite el anuncio de la cadena nacional con la bandera en pantalla, el presidente, sentado en su sillón, orientado hacia la derecha, se encuentra pensativo, inmerso en sus pensamientos, lo que esta por anunciar es una jugada arriesgada, pero no le queda alternativa. Esta tan sumergido en su mente que, al terminar la introducción de la bandera, tarda varios segundos en reaccionar ante las indicaciones del director que le avisa que se encuentra "al aire".

En el televisor del cuartito, el presidente despierta de sus pensamientos, gira su sillón para quedar frente a cámara, aclara la garganta sin emitir sonido, apoya sus brazos sobre el escritorio con sus manos entrelazadas,

y con expresión y tono serios, se dirige a su pueblo.

Presidente:

Queridos ciudadanos, como habrán notado, hace varios días el llamado héroe Mesías hizo gala de su ausencia. También habrán notado las medidas de seguridad en los accesos del pueblo de Esperanza. Y por último, el cese de investigaciones hacia la organización ambientalista "Clear World". Me enorgullezco de ser el representante de un país de gente inteligente, y confío en que ya habrán sacado las conclusiones exactas. Así que procedo a confirmar sus sospechas: Mesías es un prófugo de la ley. Nuestros investigadores hallaron pruebas y videos de seguridad que confirman el ataque del supuesto héroe a la fábrica ubicada en el pueblo de Esperanza, a las orillas del Río Plateado. Varios testigos confirman haberlo visto huyendo de la zona horas después. Y aunque esta información no está confirmada, es imperativo divulgarla por precaución: Se informó que lleva consigo una niña, a la que mantiene cautiva. Es de vital importancia que cualquiera que sepa el paradero de este prófugo de la justicia, lo denuncie ante las autoridades para así hacer cumplir con la ley. Que este individuo sepa que nadie es capaz de escapar del brazo de la ley de nuestra nación. Ni él, ni yo, ni nadie. Gracias por su colaboración y buenas noches.

La cadena nacional da lugar a una sucesión de imágenes: de cámaras de seguridad en las que Alfredo como Mesías destroza la fábrica; de cámaras de seguridad del despacho presidencial (sin audio y editadas) en las que se muestra como el anterior Mesías supuestamente amenaza y e intenta atacar al presidente y el cuerpo de seguridad se lo impide; y un identikit simulado de Alfredo como Mesías sosteniendo a una Ariadna no muy fiel a la real, de manera forzosa.

Ariadna está sorprendida frente a la borrosa pantalla. Mesías está furioso, intentando salir del estacionamiento para ir a enfrentar las calumnias. Alfredo trata de calmarlo.